Prácticas culturales y medio natural. Una reflexión necesaria en comunidades antiguas

Cultural practices and natural environment. A necessary reflection in ancient communities

Adriana Mercedes Ortiz Blanco[*]
María del Carmen Rodríguez López[**]

Resumen

El conjunto de reflexiones que se presentan en este espacio tienen como objetivo establecer una relación entre cultura y medio natural en comunidades antiguas desde una perspectiva filosófica. Los métodos utilizados se ubican dentro de la metodología cualitativa, la cual propició un estudio bibliográfico de relatos y documentos que identifican el proceder de estas comunidades. Las conclusiones fundamentales están dirigidas a señalar que las políticas económicas aplicadas en las últimas décadas han provocado un deterioro aún mayor en la situación de los pobres en el Caribe.

Es necesario retomar, ya sea por la vía educativa o práctica, el legado de las culturas primitivas y por tanto sus prácticas culturales porque en las mismas se aprecia una relación armónica y holística entre todos los elementos de la Madre Tierra a la cual el ser humano pertenece, manteniendo una cosmovisión ecológica que se rige por los ciclos naturales estacionales agrícolas y por el movimiento de los planetas. Retomar la mezcla de culturas existentes en el Caribe y utilizarla para programas y políticas que conduzcan al desarrollo de un estudio histórico-social hacia la naturaleza da cumplimento al objetivo de estas reflexiones.

Palabras clave: cultura, cultura popular, prácticas culturales, medio natural.

[*]Doctora en Filosofía por la Universidad de Oriente, Cuba. Profesora titular de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Oriente. Especialista en temas filosóficos-ambientales y problemas sociales de la ciencia y la tecnología. Correo electrónico: adriana@csh.uo.edu.cu, ortizblanco62@gmail.com
[**]Licenciada en Filosofía por la Universidad de Oriente, Cuba. Profesora Auxiliar en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Oriente. Especialista en temas sobre problemas sociales de la ciencia y la tecnología. Correo electrónico: mariac@csh.uo.edu.cu

Abstract

The set of reflections that occur in this paper aim to establish a relationship between culture and the natural environment in ancient communities from a philosophical perspective. The methods used are located within qualitative methodology, which led to the review of bibliographic reports and documents that identify the actions of these communities. The key findings are intended to highlight that the economic policies implemented in recent decades have led to further deterioration in the situation of lower class populations in the Caribbean.

It is necessary to return either through educational pathway or practice the legacy of primitive cultures, and thus their cultural practices, because among these practices, harmonious and holistic relationships between all elements of Mother Earth including humans were appreciated. This maintained an ecological worldview governed by natural seasonal agricultural cycles and the movement of the planets. Retaking the mix of cultures existing in the Caribbean and applying it towards programs and policies that lead to the development of a socio-historical study toward nature gives fulfillment to the objective of these reflections.

Keywords: culture, popular culture, cultural practices, environment.

Naturaleza y cultura. Precisiones teóricas

Visualizar la existencia de prácticas culturales tradicionales en culturas antiguas, que muestren el amor de estos antepasados por la tierra, vista como medio de cultivo y de subsistencia, se convierte en nuestros días en un tema recurrente para las investigaciones de filósofos, sociólogos, antropólogos y otros especialistas preocupados por la destrucción que sufre el medio ambiente en la actualidad. Un acercamiento a esta temática desde una perspectiva filosófica constituye el propósito teórico de estas sintéticas líneas.

La filosofía en su conexión con la vida humana permite estudiar costumbres y tradiciones que se han sucedido en diferentes entornos en busca de su validez, y sobre todo del mensaje nuevo y transformador que ello requiere. La historia del filosofar desde la antigüedad muestra que no siempre un mismo concepto es asumido de la misma forma o con igual significado, en ocasiones, múltiples ideas han encontrado el rechazo durante épocas, es el caso del concepto de cultura.

Definir este concepto desde una posición filosófica implica realizar un análisis donde se relacione lo social con lo individual, la producción y reproducción de la vida social con la actividad que el hombre[1] desarrolla en el medio natural donde convive. La doctora Martha Arjona (1986: 18-19) la considera no solo la suma y sedimentación de experiencias propias y heredadas, sino el grado de conciencia de sí que tenga determinado grupo humano.

[1] En este ensayo se emplea el término hombre de forma incluyente para referirse tanto a hombres como a mujeres.

La cultura es un producto de la relación del hombre con el medio circundante, en el cual conoce, asimila, valora, y transforma el mundo, por eso se puede decir que la cultura desde el punto de vista filosófico es un modo especifico de actividad humana que incluye la relación hombre-naturaleza-sociedad, así como consigo mismo o sea con su mundo interno, en el cual se apropia de conocimientos que adquiere y trasmite en forma de experiencia contribuyendo de esta manera a la formación y desarrollo tanto de él mismo como de la sociedad en que vive.[2]

Asimismo, cuando se relaciona la cultura con el estudio de otros fenómenos como son los naturales, se necesita estrechar el campo de acción de dicho concepto, para no quedarse en el nivel de lo general, y poder penetrar la esencia de los fenómenos a estudiar.

Las prácticas culturales tradicionales en culturas antiguas muestran el amor de estos antepasados por la tierra. Prácticamente nada se sabe sobre la organización social de las tribus de cazadores que habitaron distintos contextos de México, Guatemala y Ecuador —por citar algunos ejemplos— Desde el comienzo aprendieron a construir instrumentos rudimentarios y utilizaban las pieles para protegerse de la intemperie. Ello significa que el ambiente natural ya no les era propicio. No lo podían considerar como su propia casa, el espacio boscoso se utilizaba en la recolección y la depredación en las sabanas abiertas se comienza a practicar.

Es esta la conquista prehistórica de un nuevo espacio. La agilidad exigida por la actividad práctica impulsó la adaptación de las extremidades inferiores para recorrer largas distancias. Exigió igualmente una mayor cooperación social para transportar los instrumentos y hacer frente a los ataques de animales feroces. Las nuevas especies perseverarán en el ejercicio de la caza durante cientos de miles de años, concentrando cada vez más la actividad productiva en la fauna diferenciada de acuerdo con el espacio geográfico ocupado; a medida que se especializa en la caza, el hombre desarrolla sus habilidades técnicas y sociales, dando lugar a rasgos que lo van distinguiendo culturalmente porque pronto logra encontrar condiciones para establecerse junto a los ríos.

La agricultura y la domesticación de los animales establecen una transformación radical a la que se une el diario bregar de adaptación, a circunstancias un tanto más benignas, trae consigo un cambio radical de la vegetación en muchas de las zonas de vida en las que se había asentado el hombre. Sin embargo, ya había adquirido la suficiente autonomía tecnológica para no depender de un ambiente determinado o de una presa regular. Manejaba el arco y el lanzador de venablos y pronto podría reemplazar esos instrumentos por una forma más compleja de regular el medio: la agricultura.

[2] Para la compresión adecuada del objetivo de este trabajo la cultura debe ser valorada en su totalidad, como un proceso, sin divisiones, como un todo integro, con sus contradicciones, y vinculada con la realidad en la cual ella se produce y reproduce.

Lo anterior permitió un perfeccionamiento técnico y el rendimiento de cada uno de los instrumentos de caza que va desarrollando el hombre en la antigüedad, lo cual fue incidiendo en la disminución de la fauna. Así, la lanza tiene que ser reemplazada con los dardos y estos con las flechas, instrumentos cada vez más potentes, que reinciden con mayor eficacia en el agotamiento de las zonas de caza. De esta forma crece igualmente el poder de abstracción y el hombre se convierte cada vez más en un constructor de símbolos, lo cual le permite comenzar a dominar el espacio pictórico y no solo el espacio natural imaginándolo y reproduciéndolo.

La caza deja de ser solamente una actividad externa de subsistencia para convertirse en juego simbólico. El espacio exterior se amplía en el espacio interior del símbolo imaginativo y abstracto. Lo curioso es que el hombre no se inicia en el espacio pictórico con esbozos abstractos, sino con un realismo que denota un conocimiento y un manejo preciso del espacio exterior, sobretodo del espacio de la caza. La abstracción en los trazos es una conquista posterior, no una decadencia, es ya casi un lenguaje escrito que representa un mayor nivel de abstracción.

Mientras las hermosas pinturas de las cuevas aludían a una actividad inmediata casi identificable, las figuras encontradas en la España oriental, más tardías, son símbolos relacionadores de innumerables actividades. El instrumento simbólico se afianza y perfecciona al mismo tiempo que el instrumento físico. El desarrollo del espacio interno avanza aparejado con el dominio del espacio exterior. No es posible disociar la ocupación del espacio de las formas simbólicas con las que el hombre lo representa. Sin la capacidad para imaginarlo y describirlo, quizá no le hubiese sido posible al hombre manejar el espacio externo y sin la penetración en este a través de la actividad productiva, no hubiese sido posible la conquista del espacio simbólico. El instrumento es una teoría condensada y el símbolo es un camino hacia la práctica instrumental (Ortiz, 2008: 76).

El paso del paleolítico al neolítico estableció un sistema de vida apropiado en cuanto a su relación con la naturaleza. Las personas aprendieron a compartir alimentos, dividir el trabajo y organizarse en los desplazamientos. Sin embargo, se adaptaron al entorno como cualquier otro depredador, es decir, sin apenas modificarlo. El paso de la cultura paleolítica a la neolítica significó un avance, el hombre deja de ser nómada dedicado a la caza de animales salvajes y comienza el trabajo en el campo, la domesticación de animales y el cultivo de plantas, que lo llevaron a adoptar un estilo de vida diferente. Se aprecia un entrelazamiento entre estos aspectos: el cultivo de plantas, la domesticación de animales y con ello la aparición de nuevas cualidades de vida que favorecen el dominio del ambiente y una convivencia diferente en medio de prematuras relaciones sociales. Es este, en efecto, el periodo de la historia humana en el que el hombre adquirió una primera conciencia básica de la separación existente entre él y la naturaleza misma.

En este breve bosquejo de las primeras relaciones del hombre con el medio, se aprecia la interrelación entre los diferentes elementos que componen la plataforma instrumental de adaptación y de esta con la transformación del medio natural. La cultura aquí es valorada a través de lo que el hombre construye, del esfuerzo social que va modificando el espacio exterior lo cual a su vez va alterando las pautas culturales. Se construyen las primeras asociaciones basadas en el esfuerzo conjunto de la caza y a medida que se agota la dieta cercana, se modifican las propias formas de organización. El hallazgo de los instrumentos físicos no es el resultado de un regalo externo, sino exigencia del equilibrio dinámico con el medio exterior. Al mismo tiempo los símbolos van plasmando en un lenguaje social los resultados de la práctica productiva, los cuales al mismo tiempo sirven para perfeccionarla.

De esta forma la agricultura inicia un largo proceso cultural en búsqueda de la autonomía con relación al medio natural. Se consolida la autonomía del hombre frente a las leyes internas de la naturaleza. El proceso logra una utilización más eficiente de los recursos naturales buscando la satisfacción de las necesidades humanas. El hombre empieza a construir su medio, alejándose cada vez más de las leyes que regulan el equilibrio de la naturaleza, a las que en alguna forma estaba todavía vinculado como predador o como cazador. Los poblados aumentan, los valles centrales de México cuadruplican la densidad poblacional.

La autonomía frente al medio le va a permitir al hombre no solo aumentar su población sino organizar su propio espacio, separando los diferentes momentos de su actividad productiva. Ello supone un nuevo concepto del espacio: el espacio construido expresamente como sitio de habitación y de trabajo subsidiario. Nace así la unidad urbana, por medio de la cual el hombre se segrega de las otras especies, para construir su propio espacio independiente. Son unidades pequeñas en un principio que no rebasan media hectárea de terreno y la población acumulada en el espacio urbano debía corresponderse con las posibilidades de cultivo dentro de un área reducida y ejercida con el medio primitivo de la azada. La actividad agraria, a medida que se perfecciona, va permitiendo la acumulación de excedentes y con ello un crecimiento poblacional acelerado.

Como consecuencia de lo anterior se provoca la multiplicación de poblados pequeños, ubicados generalmente junto a las fuentes de agua. Ello obedeció en gran medida a las dificultades para alimentar una población demasiado numerosa con medios primitivos y en suelos cuya fertilidad era necesario renovar. Se aprecia que la agricultura, y con ella la construcción de instrumentos de trabajo, permitieron no solo el desarrollo de nuevas técnicas de labranza, sino de prácticas culturales y cambios en la representación gráfica de ese espacio ocupado por estos hombres primitivos.

Cultura y prácticas culturales en comunidades antiguas

El término de prácticas culturales tradicionales[3] no pretende hurgar en lo polisémico del concepto de cultura, sino considerar esta como parte de la actividad humana que permite distinguir el hombre de los animales. No existe un paradigma internacional, o nacional, disciplinar e interdisciplinar aceptado para dicho concepto. Hay diversas maneras de concebir los vínculos entre cultura, sociedad, naturaleza, realidad y símbolos.

Cuando se particulariza en la adaptación al medio y las prácticas productivas de las tribus Quichés —por ejemplo— sobresalen un conjunto de comportamientos, símbolos y mitos que merecen ser estudiados. Por tanto, *prácticas culturales tradicionales* son las que realiza el hombre de manera consciente que contribuyen a su perfeccionamiento y puede transmitirlas a otros.

El reto de dichas prácticas está en la capacidad que va desenvolviendo el hombre —como sujeto— y su incidencia en el medio natural que comienza a ser destruido. Este último se convierte en objeto dando paso a una relación necesaria objeto-sujeto, mediada por la actividad productiva la cual, a su vez, forma parte de la cultura. Rigoberta Menchú, resume esta relación como integral entre el ser humano con la Madre Tierra plasmando una jerarquización de la primacía de la práctica, desde el quehacer de la vida cotidiana.

> En esa red de relaciones todos somos sujetos. El agua es un sujeto (hombre-mujer), somos sujetos, el Padre Sol es sujeto, las plantas y los animales son sujetos; la relación entre los sujetos jamás deberá ser de subordinación, de explotación o de dominación. La relación entre los sujetos asumidos por su propia dignidad y existencia debe desarrollarse en el marco de las leyes universales del equilibrio y de la armonía (Menchú, 2006: 13).

Hoy esas prácticas culturales de las tribus Quichés cobran una vigencia estratégica en la medida en que nos ayudan a estudiar su diversidad, y representan un reto fundamental a la idea de multiculturalidad y acerca de la coexistencia al interior de una misma sociedad de códigos y relatos muy diversos.

El Popol Vuh, libro de consejos de los indios Quichés,[4] muestra una determinada cosmovisión ante la vida basada en el respeto a la misma y en armonía con la tierra de donde vienen todos los frutos, "la germinación, el alba se haga en el cielo, en la tierra… que nazca el hombre formado…

[3] Este término no debe confundirse con el de cultura popular tradicional. La cultura popular tradicional expresa el anclaje de la práctica cultural popular en determinada geografía. Es una manera de ser y de asumirse por parte de la colectividad y de los individuos que la componen, es una manera de reproducirse como lo que son y han sido a lo largo de su devenir (Véase Lloga Domínguez, en prensa:).

[4] Popol-Vuh, puede traducirse Popol, comunidad, consejo, y Vuh, libro.

nació la tierra. Tal fue en verdad el nacimiento de la tierra existente." (Popol-Vuh: 9). La tierra es vista como una divinidad donde siempre se resalta la figura humana que expresa un orden establecido. Para muchas comunidades indígenas la reelaboración de lo simbólico está estrechamente relacionada con la reapropiación del territorio y con la continuidad de su historia y cosmogonía.

Estas prácticas culturales descubren una perspectiva espiritual que se eleva en la significación que se le da a la palabra y al símbolo, Qux Uleu, el espíritu de la Tierra.

> "Tierra", dijeron y en seguida nació. Solamente una niebla, solamente una nube [fue] el nacimiento de la materia. Entonces salieron del agua las montañas: al instante salieron las grandes montañas. Solamente por Ciencia mágica, por el Poder Mágico, fue hecho lo que había sido decidido [concerniente a] los mentes, [a] las llanuras; en seguida nacieron simultáneamente en la superficie de la tierra los cipresales, los pinares. (Popol-Vuh: 13-14)

A partir de aquí salen a la luz las distintas modalidades y direcciones de la interpretación de qué es la tierra y la Tierra, la primera vista como convivencia, la segunda como lo que crea lo que existe. Es esta una manifestación de la conciencia mítica donde la tierra como figura central representa la obra de la creación, de hecho ella se encuentra figurada en divinidades, logrando establecer bajo un orden espiritual un principio moral de respeto. Esto equivale a un orden general que a su vez equivale a un orden particular que se pone de manifiesto en su forma interna que caracteriza el mundo espiritual mítico, resguardando intrínsecos valores morales en consonancia con la tierra.

Los pueblos originarios han afianzado una cosmovisión que relaciona lo cultural con lo natural, mediante una acuciosa observación de todo lo que le rodea y la propia forma que asumen de concebir la vida y ver el mundo en general dibujando ideas generadoras de conocimiento. La tierra es percibida como la *Madre* y como tal es respetada, muestra esto una cosmovisión ligada a lo espiritual con muestras de sabiduría. Precisamente las prácticas culturales tradicionales que fomentaron los Quichés, basadas en principios de amor a la tierra, constituyen un paradigma digno de análisis en virtud de que evidencian principios éticos que descubren formas radicales de conservación del medio en que se desarrollaron. Entre ellas está el cultivo del maíz, el cual de forma mítica es explicado a través del lanzamiento de los granos, la predicción del maíz y su encantamiento… ˝el tzité. Suerte, fórmate, dijeron entonces una abuela, un abuelo. Ahora bien, este abuelo era El del Tzité, llamado Antiguo Secreto."[5] Se une aquí la figura del abuelo y la abuela como muestras de sabidurías y experiencias a la capacidad de protección que propician al maíz, ejemplo de respeto.

[5] El "Tzité" [*Erythrina corallodendron*. Árbol de Coral, vulgarmente llamado Pito, en Guatemala] y el maíz servían y sirven para la disposición que presenten después de ser arrojados, para predecir el porvenir.

Si bien el hombre desde su surgimiento desarrolló habilidades para adaptarse al medio y con ello fue utilizando diferentes recursos que la naturaleza le brindó, siempre ha existido una forma de representar ese mundo y los códigos culturales y morales que ello encierra. El respeto a la vida y a la justicia socio-cultural para todos los pueblos antiguos son consecuentes con una forma de comportamiento que plantea como principio universal el respeto a la vida y al medio natural siempre bajo el principio de la responsabilidad.

En la literatura actual se debate un aspecto de gran interés referido a esta temática acerca del mito del indígena ecólogo. Jacorzynski (2004) reconoce la existencia de dos visiones de la relación del indígena con el medio ambiente: indígenas como ecólogos primitivos ineficientes e ignorantes que se hizo oficial hasta el siglo XX como reacción de los europeos a la crisis ecológica y la de los ecólogos originales eficientes y sabios que gana terreno en la segunda mitad del siglo XX como reacción de los europeos a la crisis ecológica relacionada con los modos de producción y estilos de vida occidentales. En la primera son considerados depredadores por ser ignorantes o por ser expansivos manejando tecnologías eficientes para la destrucción. La segunda mantiene la idea de degradación de su medio ambiente aunque utilizan otras tecnologías.

Estas dos visiones se han convertido en mitos y se excluyen en el campo de la ecología porque las culturas indígenas utilizan técnicas de roza-tumba-quema que tienen gran importancia al no incluir agroquímicos y maquinarias que tanto afectan el medio natural, apreciándose una diversidad cultural en el manejo del suelo. Otro ejemplo está en la grandeza de la Madre Agua, que el pueblo Maya ha creado y transmitido de generación en generación con una amplia variedad de prácticas culturales, relatos, historias, cuentos y leyendas que cultivan una relación respetuosa, de alimentación y de comunicación directa con la Madre Agua en sus distintas manifestaciones.

En los últimos años el sector indígena incorpora propuestas ecologistas que buscan rescatar la naturaleza como parte fundamental de su vida productiva. Toledo y Barrera-Bassols (2009: 115) afirman la modalidad de manejo de la naturaleza donde el productor posee la capacidad de ajustar el modo, la intensidad y la escala de la apropiación a los cambios observados, percibidos o intuidos que han sido provocados en los recursos que se apropian en estas culturas originarias.

En general, ambas visiones expuestas sobre las culturas indígenas no reconocen la verdadera esencia de las mismas. La cosmovisión de los pueblos indígenas se basa en la relación armónica y holística en todos los elementos de la Madre Tierra a la cual el ser humano pertenece. De esta forma mantienen una cosmovisión ecológica sin una lógica de un proceso lineal progresivo, sino más bien conceptos circulares, el futuro al mismo tiempo es pasado, el tiempo que se rige por los ciclos naturales del movimiento de los planetas y de los ciclos estacionales y agrícolas. Su racionalidad económica no es de acumulación sino de relación armónica con el entorno y uso respetuoso

de los recursos naturales para el bienestar de todos. Por lo tanto, en la economía indígena rigen los principios de reciprocidad y redistribución para que todos los miembros de la comunidad tengan acceso a los mismos niveles de bienestar.

Las prácticas culturales responsables no forman parte solamente de la decisión de un individuo en particular, sino de una colectividad y es por ello que en las nuevas condiciones en que vive el mundo de hoy es necesario formular las bases de una nueva cultura. Es una tarea difícil pero no inalcanzable. El hombre se ha visto muchas veces sometido a la exigencia de cambios culturales profundos, que involucran no solamente la superficie tecnológica o el tejido social, sino igualmente ese extraño tejido simbólico que le permite a la cultura reproducirse y luchar por sobrevivir (Ortiz, 2008: 57). El cambio del paleolítico al neolítico vio morir no solamente las tecnologías de caza, sino también a los dioses ancestrales. El nacimiento de la filosofía jonia surgió como una exigencia de cambio cultural frente a símbolos que ya no correspondían a las nuevas circunstancias sociales.

El enfrentamiento en nuestros días a disímiles fenómenos naturales que tienen una explicación natural y científica como es el caso de los huracanes y los sismos ya había sido expresado por las tribus Quichés en la figura del Gigante de la Tierra,[6] que destruía las montañas y se reconocía de forma mítica el mal que esto causaba sobre la tierra y desgarraba las montañas grandes y las pequeñas.

Las culturas indígenas han contribuido, y contribuyen, al manejo ecológico de recursos naturales desde una relación armónica con los elementos que integran el entorno natural y que da lugar al sentimiento ecológico indígena, desde una interiorización del sentido del mundo simbólico que la impregna, desde una interacción sobrenatural de los poderes que posee y que consolida el mundo mágico de estas culturas, su conexión con plantas curativas las cuales respetan y bendicen. Todos estos elementos culturales encierran, en su estructura profunda, todo un mundo de pensamientos, creencias y de una cosmovisión indígena fundamenta en la conciencia interior de su existencia personal, pero no como conciencia individual de sí mismo, sino como miembro y parte de una colectividad: de la naturaleza.

Las valoraciones que se realizan sobre una visión ecológica, o no, en culturas indígenas restan importancia al respeto que impregnaron dichas culturas al entorno natural y no son asumidas de forma correcta en el contexto latinoamericano y caribeño, si se tiene en cuenta la rica biodiversidad de la región la cual está afectada por la disminución de los hábitat por la deforestación, el deterioro de los suelos agrícolas, la contaminación del suelo, la falta de capacidad para extraer residuos sólidos, lo que provoca problemas ambientales. Se trabaja en los fondos forestales y de

[6] Gigante de la Tierra representa al Dios de los temblores que es maldecido (Popol-Vuh).

recursos en general como el Fondo Ecológico de Colombia, el Fondo Integrado Pro-Naturaleza de la República Dominicana y el Fondo Ambiental de El Salvador (Ocampo, 1999: 18-19).

Un diagnóstico por países de la producción agrícola, minera, energética en Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, Perú, México, entre otros, fue realizado para precisar indicadores de impacto ambiental relacionados con gas carbónico, emitido de las industrias a la atmósfera. La tasa de deforestación por extracción de madera y por tanto la disminución del bosque, también fue analizada. (Scharper, 2000: 17-19).

El panorama de Bolivia, su utilización irracional de los recursos naturales, el uso no adecuado de tecnologías en la agricultura lo que provoca degradación de los suelos, la contaminación del aire, entre otros aspectos forman parte del análisis de la problemática ambiental en América Latina y el Caribe (Chávez, 1995: 1-5).

En el Caribe el panorama es analizado y se resaltan los lugares donde desarrolla su actividad práctica productiva y social el hombre, es el caso de las comunidades, barrios, municipios. Son incluidas clarificaciones importantes en el análisis de la necesidad de utilizar al máximo la relación objeto-sujeto donde a través del proceso de urbanización como objeto se mide la intervención del hombre como sujeto en la transformación del medio, esto favorece los estudios sobre pobreza, y explosión demográfica, entre otros (Yunén, 1997: 34-36).

Consideremos que la complejidad de la Madre Tierra está en el uso adecuado de los recursos que ella pone en nuestras vidas, es el hogar de la vida. Eso será cuando seamos capaces de escucharla, de verla en casi todas las cosas, de reconocer que la herimos porque el hombre pertenece a la Tierra.

Rigoberta Menchú (2006) asevera que hoy, con la pérdida de calidad de vida en el planeta, necesitamos volver a la Madre Naturaleza. Necesitamos recuperar el valor de la creación y la formación, proceso que ocurre segundo a segundo. Este proceso no se puede comprar con dinero, no se puede disfrutar con dinero. Solo es posible vivirlo con ética y con espiritualidad. La ética y la espiritualidad son el camino para volver con la Madre Naturaleza y ser uno con ella. Necesitamos que nuestra Madre Naturaleza recupere los ciclos que le hemos destruido, para ello, tenemos que volver a ella, a nuestra madre.

Podemos afirmar entonces que, en los días que corren del siglo XXI se necesita retomar el legado de las culturas indígenas y sus prácticas culturales de respeto al entorno natural en momentos que se pierden los conceptos culturales que denotan una relación sobre el uso y distribución del espacio natural productivo lo que apunta a un vínculo estrecho con la naturaleza. Se ha perdido el sistema simbólico de mitos sobre el uso del agua, los ciclos agrícolas y la relación armónica con

la madre Tierra. Actualmente se ha perdido la recolección de conchas y caracoles al estilo de los indígenas como parte de sus prácticas culturales, se recurre hoy a políticas que practican un uso desmedido del medio natural.

Conclusiones

En general, las políticas económicas aplicadas en la región en las últimas décadas, lejos de contribuir a repartir equitativamente los costos de la crisis y del auge entre los distintos sectores de la población han provocado un deterioro aún mayor en la situación de los pobres en el Caribe.

Son estudiados los problemas ambientales de forma específica como: la erosión, la salinificación y reducción de la capacidad productiva de los suelos, la deforestación, pérdida de la diversidad biológica, la contaminación provocada por desechos urbanos y residuos peligrosos.

Este panorama necesita retomar, ya sea por la vía educativa o práctica, el legado de las culturas primitivas, porque aunque esta región se halla en una zona tropical o subtropical, las diferencias geográficas son notables y variadas las riquezas naturales, las formas de vida y economía, lo cual a su vez sufre un efecto contradictorio porque en la zona existen poblaciones provenientes de África, aborígenes de América, las cuales al cambiar el panorama económico han cambiado su comportamiento ante la naturaleza en medio de una crisis económica y por tanto sus prácticas culturales.

Se trata de retomar esa mezcla de culturas existentes en el Caribe y utilizarla para programas y políticas que conduzcan al desarrollo de un estudio histórico-social hacia la naturaleza, teniendo en cuenta además que en muchos de estos países sus habitantes conviven próximos al mar o se realiza una intervención mar-tierra que necesita de un equilibrio porque dichos hombres necesitan los productos del mar para su alimentación, pero no deben caer en una caza o pesca indiscriminada porque se conduce no solo a una pérdida de la biodiversidad sino de la propia especie humana.

Referencias

Arjona, Martha (1986). *Patrimonio cultural e identidad*. La Habana, Cuba: Editorial Letras Cubanas.

Chávez, Juan Carlos (1995). *Análisis de las fuerzas socioeconómicas subyacentes tras la gestión ambiental. La experiencia boliviana*. Santiago de Chile: Comisión Económica para América Latina (CEPAL).

Jacorzynski, Witold (2004). *Entre los sueños y la razón. Filosofía y antropología de las relaciones entre el hombre y ambiente*. México, D.F.: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social.

Lloga, Carlos (en prensa): "Cultura popular tradicional: exploración entre la fronda del término".

Menchú, Rigoberta (2006). "El agua y la humanidad, una existencia recíproca. La visión holística de la cosmovisión maya y los derechos de los pueblos originarios". Disponible en: http://www.zaragosa.es Fecha última consulta 23 de junio 2014.

Ocampo, José Antonio (1999). *Políticas e instituciones para el Desarrollo Sustentable en América Latina y el Caribe. Serie Medio Ambiente y Desarrollo,* no.18. Santiago de Chile: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL).

Ortiz, Adriana (2008): "La perspectiva filosófica de la relación hombre-naturaleza y su expresión en figuras representativas de las ciencias en Cuba", Universidad de Oriente, Cuba, tesis doctoral, disponible en: http://revistas.mes.edu.cu

Popol-Vuh. Libro de los de consejos de los indios Quichés, 1978. Disponible en www.infotematica.com.ar. Fecha última consulta 12 de mayo 2013.

Schaper, Marianne (2005). *Impactos ambientales de los cambios en la estructura exportadora en 9 países de América Latina y el Caribe (1980-1995)*. Santiago de Chile: División de Medio Ambiente y Asentamiento Humano, CEPAL

Toledo, Víctor y Narciso Barrera-Bassols (2009). *La memoria biocultural. La importancia ecológica de las sabidurías tradicionales*. Barcelona: Icaria Editorial.

Yunén, Rafael Emilio (coord.) (1997). *Guía metodológica de capacitación en Gestión ambiental urbana para las Universidades de América Latina y el Caribe*. Santo Domingo, R.D.: Centro de Estudios Urbanos y Regionales. Universidad Católica Santiago de los Caballeros Madre y Muestra.

Recibido: 17 de abril de 2014

Aceptado: 25 de junio de 2014